

Martes XIX del TO
Ciclo B



13 de agosto de 2024

Ez 2, 8-3,4

Sal 118

Mt 18, 1-5.10.12-14

P. Eduardo Suanzes, msps

Por la pregunta inicial de los discípulos, ellos están preocupados por su rango de honor, no solo dentro del grupo de los seguidores de Jesús, sino en el conjunto del reino de Dios. El matiz de la pregunta viene determinado por la conjunción «*pues*» de la pregunta (que en algunas traducciones no aparece¹) pero que da la clave para interpretar que se trata de una petición de aclaración ante una discusión previa.

El versículo inicial nos revela una situación en la que los discípulos, símbolo de cualquier persona que siga o quiera seguir a Jesús, discuten entre ellos. Se evidencia que no van siguiendo a Jesús unidos armónicamente, o disfrutando amorosamente, sino enfrentados, distanciados, discutiendo. ¿Cuál es la causa de tal distanciamiento, de tal enfrentamiento? En el objeto de la pregunta se nos responde: vienen discutiendo a ver quién es «*el más grande*» (o «*el mayor*», o «*el más importante*»), en el reino de los cielos.

Los discípulos, que en los pasajes anteriores han recibido la enseñanza de Jesús sobre la entrega (primer y segundo anuncio de la pasión, además de las condiciones del seguimiento) y van con él hacia Jerusalén, donde culminará esa entrega, están pensando lo contrario: el rango y la preeminencia. Están centrados en torno a algo que «no es de Dios», que es contrario a lo que Dios es: ser más grandes que otros, estar «por encima de». Esta es una tentación inherente a la mente humana, que, desde el miedo a ser dañada y por el afán de supervivencia egoica, deja emerger el afán de poder, el afán de dominio: el «yo» superior a los demás. Quien así piensa/vive se sitúa en un rango o estrato distanciado y dominador del resto, porque para ser «más grande que» se precisa que otros sean más pequeños que yo y estén por debajo de mí. Ello sustenta el dominio de unas personas hacia otras, y sustenta los terribles sistemas de dominio que han sometido al sufrimiento a la mayoría de la humanidad en la historia. Nada de eso es de Dios; más bien es lo contrario a lo que Dios es, tal como muestran los versículos siguientes.

Por tanto, lo que «aleja» a los discípulos de Jesús, qué les hace estar fuera de su ámbito, que es el ámbito de Dios, es precisamente su afán de dominio, su querer «ser-más» que el resto. De ahí que sea preciso pronunciar solemnemente una enseñanza: «*cualquiera que se haga tan poca cosa como el chiquillo éste, éste es el más grande en el reino de Dios.*». En este enseñanza solemne se encierra el núcleo de todo el evangelio, de toda la praxis-vida o *ethos* de Jesús: convertirse en servidores en vez de dominadores, abajarse en lugar de encumbrarse, dar en lugar de buscar recibir, renunciar a lo propio en beneficio de los ajenos (de los «prójimos») ... Todo el evangelio está recorrido de este «*ethos*» de renuncia al rango, de renuncia al estatus, a las pretensiones del yo egoico, al beneficio propio, a la salvaguarda de uno mismo por encima de los demás... Y los evangelios lo van manifestando en formas

¹ ...pero que en el original griego sí: τίς ἄρα μείζων (tís ára meízon= ¿quién, *pues*, es el mayor...? o ¿quién *realmente*, es el mayor...?)

diversas, con palabras diversas, parábolas, historias o acciones diversas de Jesús... porque es algo fundamental e irrenunciable.

Por último Jesús dice: «*Cuidado con mostrar desprecio a un pequeño de éstos, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en el cielo el rostro de mi Padre celestial*».

Ya sabemos: con los pequeños no sólo se hace referencia a los niños, sino también a todos los desconocidos, desamparados y humildes de la comunidad. Jesús está hablando a adultos ya hechos y derechos y no a niñitos por hacer; y les está diciendo que ese terminar de hacerse, que la madurez espiritual tiene como destino el ser niños; es decir, volver a la dependencia, al ser pequeños, a ser ninguneados, a volver a ser últimos. Este resquebrajamiento de la personalidad egoica exige una ayuda especial, un impulso determinado hacia esa dirección, porque de lo contrario, dejados a nuestro solo hacer, sería imposible alcanzar tal meta.

Jesús retoma la concepción judía y la amplía, ya que para el judaísmo rabínico los ángeles están en la Tierra y no pueden ver la luz divina. Jesús, en cambio, dice que eso no es así: que los últimos y pequeños, por medio de sus ángeles, están en permanente intimidad con el Padre.

Después pronuncia la parábola de la oveja perdida. En esta parábola Mateo quiere resaltar el amor providente de Dios hasta por el más mínimo: una única oveja frente a 99.

Sirvan algunas reflexiones sobre la actitud del pastor, símbolo de la actitud de Dios:

«Un Dios que permitiese que esa relación se rompiera, esa relación que se llama Amor y que es Dios mismo, ya no sería Dios. Ahí está la razón de por qué asume una tarea, sale de su cielo, corre hacia la tierra. Y también de por qué come con todos los perdidos. Y se empeña en buscarlos hasta que los encuentra. Porque se encuentra a sí mismo. Abandonando la oveja perdida, Dios mismo estaría perdido.

Si el amo dijese: «¡Bah!, es verdad que me falta una oveja, pero aún me quedan noventa y nueve. ¡Peor para esa que se ha perdido!».

Si razonase así, delataría que, en el fondo, no tiene mucho interés por ninguna. Se encontrará mañana con noventa y ocho, después con noventa y siete, hasta que un día el redil quede vacío.

Si el hombre de las cien ovejas acepta convertirse en el hombre de las noventa y nueve, mañana o pasado mañana se encontrará con que es el hombre-sin-ovejas. Y Dios sería un Dios con el cielo vacío. Si Dios abandona aunque no sea más que a un solo hombre (aunque fuera Judas), mañana su Reino quedará desierto y su corazón vacío. Lo que significa que también los fariseos y escribas se encontrarían fuera si Dios dejase fuera a un solo publicano.

Un solo hombre abandonado, y la red de la misericordia de Dios se rompería para siempre. Un solo hombre rechazado o abandonado, y en el dique del amor se abre una grieta que deja irrumpir los embates furiosos de la cólera y de la perdición. Una sola criatura olvidada de Dios, y la cruz misma (en la que agoniza el único abandonado) será negada y renegada. Una vez más hay que decir: la salvación de los «perdidos» es la única certeza de salvación para los 'salvados'².

² ALPHONSE MAILLOT, *Les paraboles de Jésus aujourd'hui*, Genève 1973